

así fué en efecto, pues lo persiguió con tenaz empeño.

"El general Riva Palacio se fué á atacar la plaza de Morelia. Arteaga emprendió su retirada á Santa Ana Amatlán, perseguido ya muy de cerca por Méndez.

"Santa Ana Amatlán fué el lugar que el destino había señalado al Ejército Republicano para uno de sus más terribles golpes; en aquel pequeño pueblo de la Tierra Caliente calleron prisioneros Arteaga, Salazar, Villada, y otros muchos Jefes y Oficiales. Villada estuvo á punto de ser asesinado; pero después, ya delante de Méndez, éste ordenó que se le guardasen todo género de consideraciones, como no las recibió ni el mismo general Arteaga. La acción tan noble que Villada había tenido con los prisioneros en Uruapan, le valió en esta ocasión: siempre el que siembra tiene que recoger."

La traición, que siempre aparece degradando á los infames y sacrificando á los hombres ilustres, había sido al parecer la causa de este descalabro, que llenó de duelo á las armas de la República. El general Arteaga, al salir de Tancitaro, había dejado al comandante Solano con 30 ó 40 hombres en observación de los movimientos del enemigo. Este oficial abandonó el punto en donde estaba colocado y se retiró á un cerro inmediato. Esa misma noche pasó el general Méndez con sus tropas y Solano traicionó ó no sintió el movimiento, siendo de presumirse lo primero, pues jamás volvió á tenerse noticia de él. Además, los exploradores mandados por el capitán Tapia, quedaron escalonados por todo el camino, que iba recorriendo el ejército republicano, y ninguno de ellos avisó al general Arteaga el peligro que corría, todo lo cual hace creer que Tapia había sido comprado por el jefe imperialista.

A las doce del día del 13 de octubre había llegado Arteaga á Santa Ana Amatlán, y confiado en que el

enemigo ya no le perseguía y en que tenía cubierto el camino por sus exploradores, mandó dar descanso á las tropas y ordenó que se sirviera el rancho. Las infanterías formaron en la plaza, armaron pabellones con sus fusiles y los soldados muertos de hambre y de fatiga se tiraron al suelo para descansar. Una hora después los despertaron los fuegos del enemigo y los gritos de *Viva el imperio*. Entonces todo fué confusión y desorden y los soldados republicanos huyeron en distintas direcciones. Arteaga intentó salir á la plaza y organizar alguna defensa, pero viendo que esto era imposible, salió por la puerta de campo de la casa en que estaba alojado y quiso huír, para lo cual tenía que pasar un cerco de piedra, pero no lo logró debido á su excesiva obesidad y á los dolores que le producían las heridas. Allí fué sorprendido y hecho prisionero.

El general Salazar con sus ayudantes y asistentes se encerró en su alojamiento y se defendieron haciendo fuego sobre el enemigo, pero al fin tuvieron que rendirse entregándose prisioneros de guerra. Los coroneles Francisco Espinosa, Eguiluz, Méndez y otros jefes lograron salvarse, aprovechando el desorden y la confusión del momento.

Los imperialistas entraron á la plaza precisamente por la casa en donde estaba alojado el coronel Villada, y éste fué por consiguiente su primer prisionero. Un sargento de la guerrilla que mandaba el entonces capitán Rangel, que fué el que primero tiroteó y dispersó á las fuerzas republicanas, llevó á nuestro biografiado con el general Méndez que traía á paso veloz á sus infanterías. El primer peligro había pasado, pues Villada se había escapado de morir de los tiros que le dispararon al ser aprehendido; el sargento que lo custodiaba lo había echado á la grupa de su caballo y lo

defendía de los balazos que le tiraban los soldados de la guerrilla. Ese sargento, cuyo nombre es inútil revelar, ha ocupado puestos de importancia en el ramo municipal del Distrito Federal.

Presentado Villada al general Méndez, éste le preguntó qué número de fuerzas y que elementos de resistencia tenía el general Arteaga, y él, con la nobleza y lealtad que le son características, dijo que la denuncia que hiciera perjudicaría á sus compañeros de armas, y que por consiguiente no podía contestar.—Cuando esto pasaba, el gobernador constitucional del Estado de México, vió á muchos de los oficiales que había salvado en Uruapan, quienes lo abrazaron agradecidos y le ofrecieron que por ningún motivo permitirían que fuera fusilado. El general Méndez fué el primero que le prodigó sus atenciones, ordenando desde luego que le devolvieran sus armas y equipajes y que se le entregara un caballo para que emprendiera su camino en compañía de los otros prisioneros republicanos.

La derrota de Santa-Ana Amatlán había tenido lugar el 13 de octubre, y el 16 salieron de dicha población rumbo á Apanztingán. El coronel Villada cedió el caballo que se le había dado, al general Arteaga, quien no podía caminar á pie á causa de su obesidad y de las heridas que tenía en las piernas. Como á las doce de la mañana del día 20, los prisioneros llegaron á Uruapan, una de las poblaciones michoacanas más adictas á la causa republicana, y las señoras y vecinos del lugar los recibieron espléndidamente, disputándose todos el honor de alimentar y atender á aquellos patriotas jefes que la suerte varia de la guerra había hecho caer en poder del enemigo.

"Habían pasado ya siete días—dice un escritor—nadie temía por la suerte de los prisioneros; pero á últi-

ma hora recibió Méndez un pliego que le venía de Morelia: era el infame y malhadado decreto del 3 de Octubre. Méndez lo leyó é inmediatamente surgió en su pensamiento la funesta idea de satisfacer sus sangrientas pasiones, ya que con eso quedaba cubierta su responsabilidad. Esto fué infame y criminal. El expedir decretos de esa naturaleza, y llevarlos á cabo sin estar sancionados ni puestos en conocimiento del público, es incalificable. Méndez contestó que en vista y en cumplimiento de ese decreto iban á ser pasados por las armas los generales Arteaga, Salazar y tres de los principales coroneles.

"En el acto los puso en capilla tocándole esta suerte al mismo coronel Villada á quien el hipócrita Méndez pensaba considerar; pero al saber esto los jefes, oficiales y tropa de Méndez, inmediatamente protestaron contra este acto tan inicuo en contra de una persona que salvó la vida á tantos infelices condenados á muerte. Villada fué sacado de la capilla y substituído por el capitán González, fraile enclaustrado, pues que en el parte, ya se había avisado que tres jefes más iban á ser sacrificados.

"Los encapillados se prepararon toda esa noche, escribiendo á sus familias, y no testando porque no tenían un centavo que dejar; murieron pobres, pero con honra y defendiendo una santa causa.

"Al siguiente día, 21 de Octubre de 65, á las 7 de la mañana, fué consumado el horrendo crimen. Los valientes y ameritados jefes Salazar y Arteaga, con Villagómez, Díaz y González, habían exhalado el postrer aliento en aras de la patria, en bien de la Nación, que sabrá siempre tributar homenaje á la memoria de tan ilustres héroes."

A los datos anteriores es indispensable agregar otros

muy interesantes que nos proporciona un testigo ocular de los acontecimientos y que ponen de relieve el gran carácter de aquellos grandes hombres. Al salir de la capilla encabezaba el fúnebre cortejo el general Arteaga. Iba como los demás con los ojos vendados; su rostro aparecía densamente pálido, su paso era firme y marchaba erguido, pero sin afectación. Le seguía el general Salazar, quien al salir de la prisión se había arrancado la venda. Toda la sangre de sus venas se le había agolpado al cerebro, su rostro se había encendido por la ira y en sus ojos relampagueaba la indignación. El joven coronel Villagómez, tipo del valor y de la hidalguía militar, así como sus compañeros de suplicio, el coronel Díaz y el capitán González, [*á El Fraile*], caminaban al cadalso, demostrando dignidad y sangre fría.

Al llegar aquellas ilustres víctimas frente á la parroquia, fueron colocados á quince pasos de distancia una de otra. El general Salazar, con voz de trueno, se dirigió á la tropa en estos términos:

«Soldados: se nos aplica una ley inicua como si fuéramos bandidos; nuestro crimen no es otro que el de defender á la patria contra el ejército invasor. Los bandidos vamos á morir sin legar á nuestros hijos un pedazo de pan! Perdono á ustedes porque los traen á la fuerza á asesinar á sus hermanos.....»

En estos momentos notó el jefe que mandaba el cuadro que las palabras de Salazar impresionaban vivamente á la tropa y ordenó que todas las bandas de los cuerpos tocaran *generalá*. El ruido apagó la voz del ilustre jefe.

Y era verdad que aquellos hombres morían pobres, á pesar de que se les fusilaba juzgándolos como bandidos. El general Arteaga tenía como único capital vein-

te reales, que distribuyó entre los que iban á disparar sobre él. El general Salazar repartió cinco ó seis reales y regaló su sombrero de fieltro galoneado al sargento que mandaba el pelotón. Villagómez y González no tuvieron un centavo al morir. Díaz tenía bienes de fortuna en Paracho: era un ranchero, agricultor honradísimo, que por patriotismo se había aliado á la causa republicana, habiéndose distinguido mucho en la enérgica campaña que se sostuvo en Michoacán contra la intervención y el imperio.

La ejecución se llevó á efecto con lujo de crueldad, y después de élla el general Méndez cometió la infamia de hacer desfilar á los prisioneros repulbicanos frente á los cadáveres, palpitantes aún. Así terminaron su vida aquellos mártires de la independencia mexicana, á quienes la gratitud del pueblo michoacano levantó en Uruapan un monumento, inaugurado solemnemente el 21 de octubre de 1893.

X

Después que se hubo derramado la preciosa sangre de aquellos mártires de la República, el jefe imperialista Méndez salió con sus prisioneros para Pátzcuaro, en donde permaneció un mes. Estos quedaron después bajo la custodia del coronel Santacruz que mandaba un cuerpo de caballería. Dicho jefe que por orden superior guardaba al señor Villada todo género de consideraciones, le propuso en nombre del imperio el mando de un batallón, ó pasaporte para México ó para el extranjero, sin necesidad de que firmara ninguna acta de adhesión al gobierno de Maximiliano I; pero nuestro biografiado, con la energía que producen las convicciones más firmes, rehusó toda aquellas proposiciones prefiriendo su honroso cautiverio á una infamante defección,

Muertos Arteaga y Salazar, el general Riva Palacio quedó con el mando del ejército del centro, y Méndez le hizo desde luego proposiciones de canje con los prisioneros belgas é imperialistas que había en Huetamo. Como las proposiciones de Méndez eran vejatorias é injustas para los soldados republicanos y habían sido rechazadas por el general Riva Palacio, hubo de apelarse á un recurso extraordinario. El jefe traidor comisionó á Patiño, Prefecto de Pátzcuaro, para que hiciera conocer al coronel Villada una carta escrita por Maximiliano, y firmada de su puño y letra, que en sustancia decía que si el general Riva Palacio no aceptaba en un plazo cortó y perentorio las condiciones propuestas para el canje cumpliera con la *Ley de 3 de Octubre*, es decir que condenara nuevamente á muerte á los prisioneros republicanos. ¡Esos eran los decantados sentimientos humanitarios del Emperador Maximiliano!

El coronel Villada hizo saber á sus compañeros de cautiverio el contenido de dicha carta y la pretensión de Patiño de que le escribieran á Riva Palacio excitándole á que aceptara las proposiciones que se le hacían; pero lejos de acceder á ésto se dirigieron á su general en jefe diciéndole que no se preocupara por salvar sus vidas, porque antes que ellas estaba el decoro del ejército á que pertenecían.

Arregladas las bases para el canje, después de notables trabajos diplomáticos de Riva Palacio, que siempre le honrarán, se preparaban los prisioneros republicanos para salir de Morelia rumbo á Acuitzeo, cuando la víspera de la marcha, se presentó al coronel Villada el mayor Lozada, que quería hablarle de una manera reservada de parte de Méndez. En la conversación se le hizo ver á nuestro biografiado la necesidad que

había de que interpusiera su influencia con el general en jefe del Ejército del Centro para que admitiera al capitán de artillería Salgado, como comisionado del citado Méndez para que firmara las actas del canje, pues lo contrario sería vejatorio, humillante y vergonzoso para el Imperio. El coronel Villada aunque á nada se comprometió, dijo que trabajaría en ese sentido.

En la mañana del día 4 de diciembre de 1865, salieron de Morelia rumbo á Acuitzio los prisioneros republicanos. Salgado los colocó entre las filas del piquete de caballería que llevaba á sus órdenes y las infanterías belgas de Bizart de Bocarniet cubrían la retaguardia. Dichos prisioneros principiaron á gritar que no querían ir custodiados por traidores y como se observó que había un verdadero disgusto por esta causa, se mandó retirar á la fuerza mexicana, que fué substituída por la extranjera. Por fin se avistaron sobre el camino las avanzadas republicanas é imperialistas y después de las formalidades de la Ordenanza, los prisioneros entraron á Acuitzio en donde el coronel Agustín Linarte, comisionado de Riva Palacio, celebró el canje. Al presentarse aquellos frente á los belgas, éstos prorrumpieron en un grito entusiasta de *Viva México, Viva la República*, lo cual hizo que todos fraternizaran y simpatizaran en aquellos instantes.

Los prisioneros republicanos que se iban á canjear ascendían á una respetable cantidad, pues sólo de Morelia habían salido más de doscientos individuos entre jefes y oficiales y como mil pertenecientes á la clase de tropa.

El coronel Villada fué invitado por el comisionado de Riva Palacio, para que presenciara las formalidades del canje y al efecto pasaron á la casa que para ésto se había dispuesto. Todos los que en el asunto intervi-

—66—
nieron se sentaron al rededor de una mesa y después del cambio de credenciales se dió lectura á las actas respectivas que firmaron el coronel Linarte en nombre de la República y Bizart de Bocarniet en nombre del Imperio. El capitán Salgado tomó también la pluma para firmar y entonces el coronel Linarte le interpeló con suma dureza quien era y qué iba á hacer allí, á lo que Salgado contestó que era el representante de S. M. Maximiliano I y estaba nombrado comisionado por parte del Imperio. Linarte, profundamente disgustado, le replicó:

—Lo he dejado penetrar á usted hasta aquí por consideraciones á mi compañero el Sr. Villada; pero el ejército republicano no reconoce al llamado Imperio y por lo tanto usted nada tiene que hacer aquí. Retírese en el acto.

Salgado obedeció sin vacilación, terminando con esto el desagradable incidente á que nos referimos.

XI

Cuando hubieron terminado las formalidades del canje, todos los liberales se dirigieron á Tacámbaro. La población estaba engalanada para recibir á aquellos patriotas que acababan de salvar de penoso cautiverio y las familias todas y todo el pueblo salieron á saludarles, extramuros de la ciudad. Las escenas que en ella se sucedieron harán que jamás se olvide aquel día en la memoria de los que lo presenciaron y menos aún el momento en que los prisioneros abrazaban á Riva Palacio y le decían frases impregnadas de la más tierna gratitud, pues al tacto, talento y perspicacia de aquel general debieron su libertad sin que en nada sufriera el decoro y la honra del ejército de la República.

Días después el coronel Villada recibió de Riva Pa-

—67—
lacio algunas órdenes relativas á organización de fuerzas é inmediatamente salió para Uruapan llevando seis oficiales y otros tantos individuos de tropa. Además llevaba unos veinte caballos de mano que le servirían para principiar á formar un batallón que debía llevar su nombre, por orden expresa del general en jefe. El Sr. Villada iba á Uruapan con el carácter de prefecto político y comandante militar del Distrito y en su marcha caminó sin dificultad hasta la hacienda de Taretan, en donde supo por el propietario de dicha finca don Francisco Erdozain, que en el pueblo de aquel nombre por donde tenía precisamente que pasar, se encontraba una fuerza de imperialistas al mando de un jefe de la localidad apellidado Alatorre. La mayor parte de la gente que acompañaba á nuestro biografiado estaba desarmada; así fué que el plan de éste para intentar el paso se redujo á una sorpresa. Al efecto, á media noche salió Villada de la hacienda y una hora después se encontraba en las goteras de la población, en donde le comunicaron los exploradores que había avanzado, que Alatorre con sus oficiales estaba en un baile. Entonces el hoy gobernador constitucional del Estado de México, avanzó precipitadamente sobre la plaza disparando sus armas y gritando con su escasa gente vivas á los repúblicanos á la República. Los imperialistas que se creyeron sorprendidos por una fuerza de consideración, huyeron para las milpas, los jefes se replegaron al cuartel y Villada pasó sin novedad, y sin ningún contratiempo llegó á Uruapan, en donde inmediatamente se recibió de los mandos político y militar del Distrito.

En medio de los contratiempos y fatigas de la campaña se reveló el espíritu progresista del Sr. Villada, mostrando desde luego su predilección por la instrucción pública y las mejoras materiales, que en el basto

teatro que le ha presentado hoy el Estado de México, ha sabido impulsar con mano vigorosa y firme, hasta colocarlas á una altura sorprendente. Al efecto, Villada en Uruapan, no obstante las urgentísimas atenciones de la guerra, se dedicó desde luego á visitar las escuelas, dictando para su mejoramiento algunas eficaces disposiciones y convocó una junta de vecinos á la que concurrieron las personas más prominentes de la localidad por sus ideas liberales y sus sentimientos patrióticos, entre ellas don Ramón Farías, Coria, don Antonio y don Manuel Treviño y otras muchas. En dicha junta se trataron asuntos de importancia y se resolvió construir un puente que se hacía necesario para regularizar el tráfico en aquella ciudad. Esta importante mejora se llevó á cabo años más tarde y desgraciadamente tampoco pudieron realizarse entonces otras muchas iniciadas por el general Villada, dadas las circunstancias anormales porque atravezaba la República entera. En Uruapan, el nuevo jefe político y comandante militar, llamó á su lado á todos los jóvenes liberales de la población é inició en la vida política al Lic. Eduardo Ruíz, procurador general de la nación, á Rodríguez á quien nombró su secretario, al hoy gobernador de Michoacán don Aristeo Mercado, á quien colocó como juez del Registro Civil y á otros muchos. En suma, en un tiempo relativamente corto organizó 600 hombres de infantería y caballería y colocó al Distrito en un estado de prosperidad relativa.

Todo lo anterior pasaba en los primeros días del año de 1866. Por el mes de febrero el general Riva Palacio llegó á Uruapan con sus tropas, la mayor parte de Huetamo, en donde se le quería con predilección y se le obedecía ciegamente. Desde allí ordenó al coronel Ronda, que expedicionaba por Quiroga y Coeneo con

una sección de las dos armas, que se le incorporara inmediatamente, pues tenía que reunir todos sus elementos de guerra para ir á Morelia á provocar al general Méndez, batirlo y derrotarlo si era posible, puesto que ya se hacía indispensable vengar la sangre de tantas víctimas inmoladas por aquel hombre cruel y salvaje.

Al saber Méndez la reconcentración de las fuerzas republicanas se apercibió al combate y salió de Morelia con una gruesa división de las tres armas, en donde iba lo más florido del ejército imperialista. Al tener Riva Palacio conocimiento de este movimiento, marchó el día 13 de febrero para el Llano de la Magdalena, tomando posiciones en unas lomas. Sus infanterías, al mando del coronel Leonardo Valdés, las apoyó en una zanja de dichas lomas y las caballerías las dividió en dos columnas poniendo á las órdenes de Régules la del flanco derecho y la del izquierdo á las del coronel Garnica. Como la fuerza organizada por Villada era en su mayor parte de caballería, quedó incorporada á las del general Régules y tanto éstos como el resto de la división Riva Palacio estaban perfectamente atendidos, pues nuestro biografiado con su incansable actividad les proporcionaba toda clase de víveres.

Al amanecer del día 20 de febrero se avistó el poderoso ejército imperialista que marchaba compacto é imponente con su línea de tiradores. Sabiendo Méndez que la principal fuerza de su enemigo consistía en las caballerías, mandó formar cuadros paralelos sobre las posiciones de los republicanos y continuó su marcha de avance batiéndoles con la artillería cuyos fuegos no se pudieron contestar por la falta de esa arma. El general Riva Palacio se multiplicaba dando órdenes de que no se disparara un sólo tiro hasta no tener á los imperialistas cerca de un arroyo próximo, pues al pa-